
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 17, Número 99 – Julio agosto de 2016

Índice

Dos historias de santos.....	1
Pitágoras: el gran filósofo de Samos.....	2
Del Tao Tê King.....	4
Cuentos del maestro Abhyasa Tirtha (VII).....	5
Condiciones que hacen surgir la Devoción.....	8
Enseñanzas del Dhammapada.....	9
La práctica espiritual.....	9
La purificación del corazón.....	11

Dos historias de santos

Historia I

Giussepe, el monje

Se hallaba contemplando su imagen en las aguas de una fuente. Ellas se hallaban quietas, como si fueran de cristal. La imagen se reflejaba con tanta claridad que la superficie semejaba ser un verdadero espejo. Esa fuente pertenecía a uno de los tantos conventos franciscanos enclavados en los alrededores de Asís, y el que se contemplaba en ella era el joven monjecillo Giussepe, de dieciocho años, que si algún sueño poseía en su corta vida era parecerse espiritualmente a su amado maestro Francisco. La observación de su cuerpo delgado, observación que realizaba hacía varios meses, durante todas las mañanas, tenía una razón, y esta era la de descubrir, es decir, imaginar o intuir por qué razón el Dios del Cielo lo había enviado a la Tierra vestido con ese ropaje corporal. Su alma moraba dentro de esa estructura carnal, pero su alma no podía hablarle, sino a través de sus intuiciones y de su imaginación.

—¿Para qué vine al mundo, Padre mío? —se decía—. ¿Para qué, sino para amarte, como hiciera mi padre Francisco? Desviar la mente de Tu amor es el más gigantesco de los suicidios, la más torpe ceguera. No verte en todas las cosas, desalojarte de ellas y verlas desnudas de Ti es epitafio que habla de nuestra muerte interior. El olvido de Ti es la tumba del Alma. El Alma deja de existir cuando Te olvida y se sume en la peor de las muertes. Eso lo tengo bien aprendido, y ninguna tormenta que pueda presentarse en mi vida hará que olvide lo que se me ha enseñado. El corazón del pensamiento ha de nombrarte a cada instante; cada uno de sus “latidos-ideas” deben ser Tuyos, sólo Tuyos. La mente no debe conmoverse por los objetos que se deshacen en las manos del Tiempo. Permíteme Señor, que Te ame, permíteme que ese amor me haga pensar en Ti constantemente.

Por cinco años consecutivos el joven Giussepe dialogó así con su Señor. Contemplándose en la fuente se repetía una y otra vez, mañana tras mañana, año tras año “sólo Dios en mí, sólo mi pensamiento en Él, sólo en Él y para Él toda mi devoción. Esa es la mejor manera de servirle”

Al cumplir sus veintitrés años, el alma del joven Giussepe abandonó su cuerpo. Ese día nació un ángel en el Cielo que sólo contemplaba a Dios en su corazón, que sólo pensaba en Él. En la Tierra, Giussepe había muerto de una extraña fiebre. Le lloraron

HASTINAPURA

diario para el alma

sus hermanos monjes. Si bien poco a poco ese llanto fue cambiando por intensa alegría, sobre todo cuando iban a las orillas de la fuente del convento donde Giussepe meditara. Sus compañeros, como reverencia a su recuerdo hacían lo mismo, y según confesaban, cuando esto sucedía, una intensa felicidad se apoderaba de todos ellos. Estaban convencidos de que esa dicha interior nacía de la dicha del joven Giussepe. En ese lugar él se decía una y otra vez que sólo a Dios contemplaba en cuanto le rodeaba, que sólo en Dios pensaba, y que en la morada de su cuerpo reflejado en las aguas habitaba Aquel que era Dueño del mundo y de su corazón. Todas las mieles del Cielo, todas las joyas del cofre de la Devoción moraban en el alma de Giussepe, y cuando partió de este mundo, las mismas fueron heredadas por sus compañeros del pequeño convento Franciscano que como tantos otros se levantaba en los alrededores de Asís. Seguramente bendecidos con la invisible presencia del inefable Francisco.

Historia II

La devoción de Bomali

—¡Qué niño afortunado! —pensaban las vecinas de la mansión donde Bomali vivía junto a sus padres y hermanos.

Bomali tenía ocho años y su padre era dueño de una fábrica de golosinas. Lo que sus vecinas ignoraban era que Bomali jamás gustaba de ninguna de ellas. Su abuelo lo amaba con todo su corazón, y por cierto, acostumbraba contarle las historias de Krishna cuando este era un niño como él; le hablaba de su flauta encantada, con la cual enamoraba a la creación entera a través de sus músicas divinas.

—Por el hechizo angelical de esas melodías —le decía al niño— corre enamorado el río Yamuna hacia el mar, buscando fundirse en sus brazos, y cuando la brisa penetra en su cuerpo diminuto, al salir hecha canto, se convierte en la voz de los pájaros del bosque donde Krishna lleva al ganado de su padre Nanda.

Bomali escuchaba a su abuelo con toda la atención del universo. Para Bomali su abuelo era Dios susurrando en sus oídos enseñanzas para dar alegría a su corazón.

Cuando llegó a la juventud, su abuelo vivía aún, de modo que fue de su mano que ingresó como sacerdote en el templo de Chidambalam. ¿Qué otra cosa se podía hacer en este mundo, sino mecer en la cuna del alma al niño Krishna? Krishna era hijo de su gran amor con el Cielo, Krishna era la Verdad. ¿Podía existir un futuro más luminoso para el hombre, que el de convivir con la Gran Realidad?

Así fue como en el espíritu del joven sacerdote Bomali, el pastorcito Govinda tuvo su palacio en la Tierra.

Muchos años después, su alma envuelta en oraciones, ascendió a los Cielos, donde Krishna lo aguardaba, para entregar a su devoto, un palacio en Su corazón de Dios.

Ada Albrecht Del libro "Bhakti Sûtras"

Pitágoras: el gran filósofo de Samos

Por Norma Novoa

Conocer la Esencia Divina es el destino superior del alma, enviada por el Creador a la Tierra", enseña Pitágoras, el Filósofo de Samos, que vivió en siglo VI a.C.

HASTINAPURA

diario para el alma

Su figura está envuelta en un halo de leyenda, misticismo y hasta de culto religioso. Se dice que fue el primero que uso el término Filosofía, autodenominándose filósofo.

La palabra Filosofía para él “es el conocimiento de la Verdad, de lo Eterno, de DIOS”: existe un Saber perfecto que consiste en el conocimiento de la Naturaleza que descubre la esencia eterna de las cosas, y muy particularmente el admirable orden que reina en el Universo. Su filosofía está comprendida en dos palabras: contemplación y comprensión, simplemente es aprender a Ver y saber Escuchar:

“Tan sólo el Espíritu Ve y comprende, pues fuera de él todo es en el hombre sordo y ciego”.

He aquí su definición de Filosofía:

“Si se os pregunta ¿Qué es la Filosofía? Decid: Es una pasión por la Verdad, que da a las palabras del sabio el poder de la Lira de Orfeo. Escucha, y serás sabio. El comienzo de la Sabiduría es el silencio.”

Y afirma que:

“La Sabiduría es el conocimiento espiritual sobre lo Supremo” “No hay mucho valor en aquel conocimiento que simplemente ejercita la mente y entrena la memoria. El conocimiento será valioso, siempre y cuando lleve a la cognición de la Verdad y de las Leyes de la Vida del Todo.”

La enseñanza pitagórica se basa fundamentalmente en todo lo que contribuye a recordar las grandes leyes de la armonía que rigen el Cosmos y revelan los sutiles lazos que unen al hombre con el Gran Todo; es decir con DIOS. Afirma que la Ley es la Inteligencia que ordena el mundo, y que es la Voluntad Divina quien produce eternamente las cosas y también, eternamente las conserva. El hombre es un pequeño mundo, posee cuerpo físico, y al igual que el universo tiene sus energías y su movimiento; experimenta emociones que se pueden comparar en la Naturaleza a los fenómenos que suceden en la atmósfera; el hombre aspira a la sabiduría, a la armonía, a la felicidad y a la justicia y esta noble facultad es el reflejo humanizado de las Supremas Leyes que rigen la unidad universal:

“La unidad es la esencia de todo ser, sólo podemos llamar ser a lo que es Uno. Por lo tanto la armonía es la ley misma de la unidad”.

Todo ser vivo está sujeto a esta ley, pues la vida es armonía. El mundo entero no existe más que por la armonía y DIOS es la Armonía Suprema, Él es el acuerdo fundamental que reside entre todas las cosas distintas, los martillos de los herreros al golpearse. Atraído por este hecho, entra al taller para indagar la causa, y encuentra que los pesos de esos martillos estaban en proporción: uno pesaba la mitad del otro, el que seguía $2/3$ del primero, y así sucesivamente. Para este filósofo, la música es una combinación armoniosa de contrarios, una unificación de múltiples y un acuerdo de opuestos. El mismo Universo revela la idea de orden, de ley y de belleza, es decir armonía, proporción de todas las partes que lo componen. Esta armonía es concebida por la inteligencia como número y por el sentimiento como música, las matemáticas y la música se unen descubriendo el orden por el que se rige el Universo, que es dinámico y es el movimiento de los astros y de las fuerzas que los mueven el que se ajusta en un todo armónico. Las matemáticas (aprender a Ver) y la música (saber Escuchar), lo que se aprende por los ojos, y lo que se aprende por los oídos: “la tonalidad del universo es armonía y número”. El número, alude al aspecto visual, geométrico y astronómico de los cuerpos del cosmos, que es comparado con un inmenso teatro. La armonía alude al

HASTINAPURA

diario para el alma

sonido de los instrumentos afinados que hacen del cosmos una orquesta sinfónica. Esa teoría nos enseña a mirar el cielo y escuchar la música callada de las esferas celestes. Porque el cielo es número, armonía, y también es música, que sólo quien sabe guardar silencio, como Pitágoras, es capaz de escuchar.

Pitágoras descubre que existe una relación numérica entre tonos que suenan armónicos y que la música, siendo uno de los medios esenciales de comunicación y goce, puede ser medida por medio de razones de números enteros. Es decir que, al dividir una cuerda en ciertas proporciones, es capaz de producir sonidos agradables al oído. Este gran filósofo enlaza el espacio, el número y el sonido, dentro de una relación matemática armónica. De este modo relaciona el número con la armonía. Sostiene que, por ejemplo, las órbitas de los cuerpos celestiales que giran junto a la Tierra producen sonidos que armonizan entre sí dando lugar a una bella vibración a la que denomina “música de las esferas”. Cada esfera produce un sonido, las esferas más cercanas dan tonos graves, mientras que las más alejadas dan tonos agudos. Todos estos sonidos se combinan en una hermosa melodía. En el sentido pitagórico se establece un paralelismo entre los intervalos acústicos considerados como base de la música y las distancias que nos separan de los planetas. Así, explica la relación de distancias armónicas que existen entre las notas musicales y los planetas del Sistema Solar, correspondiendo el Do-Re a la distancia de la Tierra a la Luna, Re-Mi, Luna-Venus y así sucesivamente. Siendo el Sistema Solar (y en general todo el Universo) un gran pentagrama musical, donde cada planeta emite su nota particular con una gran gama de sonidos. En sus experiencias, Pitágoras descubre tres intervalos que considera consonantes llamados: el diapasón, el diapente y el diatesarón, que corresponden al octavo, cuarto y quinto sonidos de nuestra escala musical.

Como hemos dicho antes, el alma es armonía, debido a esto, la música ejerce sobre el espíritu un especial poder: puede restablecer la armonía espiritual, incluso después de haber sido turbada. De tal idea se deduce uno de los conceptos más importantes de la estética musical de la antigüedad: el concepto de catarsis. La creencia en el poder encantador y curativo de la música es muy antiguo, se remonta a tiempos anteriores a Pitágoras, donde la música era admirada y llamada purificación por eso los pitagóricos purifican el alma con la música. Por tanto se establece un lazo indisoluble entre salud y música, puesto que la proporción y equilibrio de las notas produce armonía y orden, tanto en el cuerpo como en el alma. La música es un saber sublime, importante como medio de contemplación y de purificación espiritual y fundamental para descubrir a DIOS en nuestro corazón. Las enseñanzas del gran *fi* de Samos, podemos sintetizarlas en las sagradas palabras de Nuestra Maestra Espiritual:

“Algún día, todos despertaremos. Algún día, enamorados de la Gran Música del Celeste abandonaremos nuestros densos cuerpos materiales para ser, una vez más, sutiles y maravillosos rayos de luz habitando el Reino de su corazón, donde moran tan sólo las almas compasivas, piadosas y conscientes de su suprema Esencia.”

Del Tao Tê King

Capítulo 20

Buscar refugio en la Madre Universal

Entre un sí y un no, en verdad, no hay diferencia alguna.

HASTINAPURA

diario para el alma

Entre un bien y un mal que te acontezca, en verdad, no hay diferencia alguna.

Sin embargo, es muy difícil no temer aquello que es temido por los demás seres humanos. En verdad te digo que los dominios del error son muy vastos.

En general, la gente es feliz cuando participa de una fiesta, o cuando asciende alegremente a una torre en primavera. Tan sólo yo estoy siempre sereno y no muestro signo alguno de entusiasmo, como un niño que aún no es capaz de sonreír. Parezco desamparado, como si no tuviera hogar a donde ir.

Las otras personas, en verdad, tienen más bienes de los que necesitan. Tan sólo yo parezco no tener nada. Posiblemente la mía sea la mente de un tonto. ¡Tan ignorante soy!

A menudo la gente vulgar parece ser brillante. En cambio yo parezco un tonto. La gente común parece tener gran habilidad para la acción, pero yo parezco estar siempre adormecido. Parezco negligente, como si fuera un ser oscuro. Parezco estar a la deriva, como si no estuviese ligado a nada. Usualmente, todas las personas tienen algo para hacer, tan sólo yo parezco desocupado, poco práctico y siempre inoportuno. Siempre me siento diferente de los demás.

En verdad, tan sólo anhelo una cosa: tomar refugio en la Madre Universal.

Hijo mío, recuerda siempre lo siguiente: conocer lo Eterno es llegar a la Iluminación, y no conocer lo Eterno es actuar ciegamente y cortejar al dolor.

Cuentos del maestro Abhyasa Tirtha (VII)

Enseñanzas sobre los versos 13 al 20 del Bhagavad Gîtâ

por Ada Albrecht

Había una vez un rey que poseía un maravilloso territorio donde él ejercía la gracia de la bondad y la rectitud que Dios le había conferido a su corazón. Era noble. Era un verdadero padre para todos sus súbditos, a quienes cuidaba más que a su vida. Nada faltaba en sus hogares. El soberano y su virtuoso grupo de ministros estaban atentos a las necesidades de todos los moradores de ese reino afortunado. Así como hubieron y seguirán habiendo reyes en el mundo dedicados a la conquista de los países vecinos, y aún los de ultranza, así como muchos de ellos se encuentran atentos a incrementar las fuerzas de sus ejércitos y sus máquinas bélicas, este extraño rey se hallaba poseído por un solo deseo: elevar Templos a Dios, Padre misericordioso. En todos los estados de su reino, él construía maravillosos monasterios y cúpulas de oro enjoyadas por artesanos magistrales, y allí iba todo el pueblo, a adorar al Señor.

—¡Cuánto me conmueve escuchar a mis hermanos del reino, mis hijos, mis súbditos, cuánto me conmueve oírlos cantar al Dios del Universo! ¡Cuán maravillosas resuenan sus voces! ¡Qué melodiosas sus cadencias! Realmente, todos ellos están enamorados de nuestro Hacedor, a quien rinden culto y constante reverencia. Sí —dijo, dialogando con su propio corazón, y repitió—, sí, debo seguir construyendo Templos, pues donde ellos se elevan, el espíritu de la paz se eleva con ellos. En sus cúpulas, en sus arcadas, en sus recintos, en sus grandes salas, resuena el canto silencioso del corazón que dice:

HASTINAPURA

diario para el alma

“¡Oh Dios mío, te amo, te amo Señor, a Ti, y te agradezco todo lo que me has dado.”

—El mal, para el hombre de devoción, es una gran mentira creada por los seres faltos de Fe. El mal no existe. En todo el universo sólo existe el bien. Y el bien tiene innumerables rostros. A veces nos produce temor, cuando su máscara es la de un fantasma atemorizador, y a veces, regocijo, cuando nos agasaja, otorgándonos innumerables bienes, pero, allende todas esas máscaras, el bien es uno solo y siempre existe, y es realidad y misericordia constante, aunque muchas veces, en nuestra ceguera e ignorancia no podamos verlo.

Y con toda la alegría constante de su corazón, iba y venía por la gran comarca suya, buscando un lugar donde levantar un nuevo Templo. Los más grandes arquitectos de su reino, y de los reinos vecinos, a quienes él invitaba, venían a elevar las sagradas cúpulas, rasgando el manto azul del espacio con sus caricias de rezos y oraciones. Mas, cosa extraña, para este también extraño rey, pese a que los Templos allí erigidos eran la maravilla del mundo entero, él siempre se hallaba insatisfecho. Cierta vez se trabajaron días sin cuento para elevar el más grande de los Templos de esa región del Oriente. Pero el Rey lo miraba y decía:

—Oh Señor, es todavía muy pequeño. Tengo que hacer las Casas donde Tú moras más grandes, más amplias, debo esmerarme en perfeccionarlas.

Hizo traer de todos los lugares del mundo grandes libros que le hablaban de los Templos arcaicos. Así fue como ese rey de un gran estado de la India aprendió las historias del viejo Templo de los Mayas y Aztecas, en Teotihuacán, el Templo al Sol, conoció también acerca del Templo de la Luna. Y luego, estudió los mágicos Templos de Egipto, cuya edad nadie sabía. Vio las pirámides de Gizeh, de Keops, de Micerino. Estudió los Templos de Luxor. Observó las maravillas infinitas de Karnak. Luego posó sus ojos sobre el viejo Partenón griego. Sobre el Templo a Vulcano, al Dios Apolo, al Señor de las aguas oceánicas. Paseó por Japón, por China, en fin, por todos los lugares donde los hombres elevaban Templos al Señor.

—Son pequeños. Todos ellos son pequeños. Debieron haber sido más grandes. Debieron haber sido mejor construidos. Más logrados, con mayor erudición de sus artesanos. Sí, como digo, todos ellos son pequeños, y los míos, los más pequeños de todos. ¿Cómo podremos elevar a los hombres a la Patria del Cielo si no podemos darle un camino por el cual puedan ver siquiera levemente la Morada de Nuestro Señor, observando la grandiosa presencia de Sus Casas religiosas. ¡Ay!, todas ellas son pequeñas, como nuestro amor por Él. Son ínfimas, como nuestro amor por Él. Se estrechan; en la casa del espacio ocupan un lugar irrisorio. Son como cajas de bombones ofrecidas a un amante, pero no son el amor total. Son dulces obsequios al Señor que está más allá del espacio y del tiempo, pero son eso simplemente, obsequios, no está el corazón en aquello que construimos. Más de una vez sus súbditos y ministros lo vieron llorar profundamente, abrazado a estos pensamientos, más que de su mente, nacidos de su corazón. —No puedo seguir con esta mentira —se dijo un día en que regresaba luego de la bendición de su último Templo, que por cierto era maravilloso—. No, no puedo seguir con esta mentira. No puedo seguir haciendo estas arquitecturas chatas que no son diálogos con el Espíritu, sino simples monólogos de la piedra labrada con la hermana piedra artesonada. No puedo seguir así. Lo que nunca había ocurrido, pasó ahora. El rey se sentía extremadamente triste y desalentado. Su rostro se hallaba pálido. Su carácter había decaído y se había tornado amargo. No encontraba salida a sus preocupaciones. Dejó entonces el reino en poder de su ministro más anciano y sabio, y se dijo:

HASTINAPURA

diario para el alma

—Me convertiré en un vagabundo. Iré a viajar por toda la Tierra, buscando ese Templo perfecto para ofrecérselo a mi Dios. Yo haré un gemelo de ese Templo perfecto que en algún lugar, en alguna región encontraré.

Y por cierto, viajó y viajó mucho, muchísimo. No hubo región de la Tierra donde este rey, simplemente disfrazado de humilde viajero no llegara. Ingresaba a todos los países, estados, regiones, todo lo observaba, todo lo que sea construcciones religiosas, pero nada le satisfacía. Se tornó silencioso como un anacoreta. Rezaba mucho. Su mente sólo estaba poseída por Dios.

—Padre del Cielo —se decía—, ¿qué son los bienes materiales?, incluso, ¿qué es el amor que yo siento por mi pueblo? Todo eso es sentimiento baladí. Carente de importancia. Sin relieve espiritual. Simplemente soy un monarca generoso, mas, ¡hubieron tantos, Padre querido, como yo, y mucho, mucho mejores que yo! ¿Qué podré hacer entonces? Estoy desolado. Si mi espíritu no logra hacerte el Templo Perfecto, el más elevado, el más grandioso, ¿quieres decirme para qué he nacido? Estoy sumergido en la nada. Vivo en una pompa de jabón aparecida en el tiempo, y en esa pompa de jabón creo ser rey, pero todo eso es irrealidad. No me has permitido hacerte el Templo perfecto, porque yo mismo, Señor, estoy lleno de imperfecciones. ¿Qué puedo hacer, qué puedo hacer, Señor? Y luego, como hablando consigo mismo, entre sollozos se dijo, con voz apenas audible, hablando sólo con su corazón:

—Así no me querrás, así no me quieres. No sé trabajar para Ti. Mi labor es mínima, y no lograré agradarte.

Regresó a India y fue hacia el norte de la misma. Viajó por los sagrados Himalayas y observó el Monte Himawat, la Morada Sagrada de los Dioses, y de Dios mismo.

—¡Ah! —dijo entonces, con el rostro iluminado—, un Templo así es el que quisiera elevar para mi Señor, un Templo que pueda conversar con las estrellas. Níveo como un jazmín de piedra, perfumado con las oraciones y mantras de sus monjes. Ese es el Templo que yo quiero. Esa es la aspiración, el sueño que ha vivido en mí durante décadas y décadas, mas, ¿cómo puedo yo hacer un Templo siquiera lejanamente parecido al Monte Kailasa? Luego de sus meditaciones quedó el sabio tendido en la arena y apoyada su cabeza en una roca de la playa. Se adormeció. Entonces aconteció algo extraordinario. Nunca supo si había soñado o si se trataba de una aparición. En efecto, vio descender desde la nevada montaña, al Dios de la Liberación, Shivaji, o una imagen Suya. Lo cierto es que lo vio descender. A medida que se acercaba, el rey no podía abrir los ojos. Por imperio de la necesidad debía entrecerrarlos, de modo que la imagen se convirtió en algo se espejaba sobre su corazón, y luego le habló.

—¡Oh rey!, el universo entero es la Forma de Dios. Cada criatura, cada átomo, cada galaxia, cada molécula, en fin, cada forma, constituyen partes de Su Cuerpo, y es a ese Templo al cual debes dirigir tu mente y tu corazón cuando quieras adorarlo. El Universo es la Forma del Señor, hijo querido, nunca en el planeta donde resides ahora, lograrás edificar lo que tanto anhelas. Sólo si tú te conviertes en parte de ese Templo Suyo, habrás logrado superar la precariedad de las tres cualidades de todo lo manifiesto: Tamas (la inercia), Rajas (la actividad) y Sattva (la armonía). Una vez que aprendas a venerar Su Forma visible, podrás entonces, elevar tu espíritu hacia Aquello Absoluto, del cual todo esto deviene.

Y luego la imagen comenzó a disiparse, pero aún repetía:

HASTINAPURA

diario para el alma

—El Templo del Señor es el Universo, recuérdalo oh rey, recuérdalo.

Luego, habitó en su corazón el silencio, y todo fue paz. La serenidad se enseñoreaba entre los mantos ambarinos de las sagradas arenas que vestían las orillas de la madre Gangaji.

El rey siguió, como nunca, construyendo Templos, pero ahora lo hacía con otro estado mental. Más profundo, más sabio. Ahora sabía que para llegar al Gran Amado, el hombre debe loarlo en todas las criaturas de su vasto universo, y recién entonces, poder llegar a ese maravilloso Absoluto del cual le hablara esa divina aparición.

Condiciones que hacen surgir la Devoción

La compañía de las personas devotas, y en el mejor de los casos, la compañía de los Santos, es el motivo de que la Devoción surja en nosotros. La misma está dormida en la mente del devoto. Si bien se halla infundida en su mente por Dios y Su Bienaventuranza, ella no es un modo mental. La Devoción se despierta por la compañía de los devotos y los Santos. Cuando llega el tiempo de la destrucción de la esclavitud del ego para una persona, la misma comienza a gozar de la compañía de las almas santas que hablan siempre del Señor y ello genera su apego a Dios. La visión de las almas santas y de los devotos de Dios, afloja los nudos de la esclavitud mundana que tiene una persona. La compañía de estas almas santas destruye en nosotros la indiferencia hacia Dios y nos inclina hacia el Señor, generando apego a Él. Así —si estamos en compañía de almas santas— destruimos poco a poco nuestra ignorancia con la ayuda de Dios, quien nos pone en el camino de la realización espiritual. Dios —sin duda alguna— reside donde reside un devoto de mente pura.

A veces, el apego de una persona a Dios no se genera por la compañía de un alma devota, o como decimos, de un santo, porque los pecados cometidos le llevan a mirar al santo y al devoto como si fuera una persona ordinaria y común. Dios reside en los corazones de todas las personas; sin embargo, no es fácil para ellas realizar a Dios, puesto que tienen los órganos de los sentidos direccionados hacia afuera, y además sus mentes densas están puestas en los objetos externos y mundanos. Es por eso que ellas no pueden gozar de la compañía de los devotos de Dios y Sus santos, que siempre hablan del Señor, de Sus Nombres, cualidades y acciones.

El razonamiento nunca termina, los Libros Sagrados enseñan verdades que están siempre en conflicto, los sabios sostienen diversos puntos de vista, y el secreto del deber es inescrutable. Así, el camino de la Devoción a Dios, seguido por santos y devotos, es el que deberíamos adoptar todos.

Del libro “El Secreto de la Felicidad”

de Ada Albrecht

Enseñanzas del Dhammapada

Capítulo VIII

Mejor que mil discursos de palabras sin sentido, es una sola palabra, si ella lleva paz al corazón del que la escucha.

HASTINAPURA

diario para el alma

Mejor que mil versos de palabras sin sentido, es un solo verso, si él lleva serenidad al corazón del que lo escucha.

Mejor que cien versos de palabras sin sentido, es una sola palabra de las Escrituras Sagradas, si ella lleva paz al corazón del que la escucha.

Aunque en batalla se venzan a un millón de hombres, aun así, la más grandiosa victoria es la del que se vence a sí mismo.

Mejor es vencerse a sí mismo que vencer al resto del mundo. Ni un Dios, ni un Gandharva, ni Mara, ni Brahmâ podrán convertir en derrota la victoria de aquel que se ha dominado a sí mismo y lleva una vida de serenidad.

Si mes tras mes, una persona hiciera ofrendas, a lo largo de cien años y otra persona por un instante rindiese homenaje a un sabio entregado a la meditación, valdría más ese solo homenaje que aquellos cien años de sacrificios.

Si durante cien años, alguien mantuviera el fuego sagrado en el bosque y otra persona por un instante rindiese homenaje a un sabio entregado a la meditación, más valdría ese homenaje que aquellos cien años de sacrificio.

Todas las ofrendas, limosnas o sacrificios que se pueden hacer durante un año entero, no son sino un ínfima parte de lo que representa honrar a un santo en meditación.

Cuatro cosas acrecientan aquellos que en todo momento tienen respeto y consideración para los ancianos: el número de sus años, la belleza, la felicidad y la fuerza.

Mejor que cien años de una vida inmoral y disipada, es un solo día consagrado a la práctica del bien y a la meditación.

Mejor que cien años de una vida ignorante y disipada, es un solo día consagrado a la sabiduría y a la meditación.

Mejor que cien años de vida en la pereza y la negligencia, es un solo día vivido activamente y haciendo buenas obras.

Mejor que cien años de vida pasados sin comprender que todas las cosas son impermanentes, es un solo día de quien comprende esa impermanencia de las cosas.

Mejor que cien años sin conocer el camino que lleva a la Inmortalidad, es un solo día consagrado a ver ese Sendero.

Mejor que cien años sin conocer la Suprema Verdad, es un solo día consagrando a contemplarla.

La práctica espiritual

por Claudio Dossetti

A fin de colaborar con el bienestar espiritual de quienes nos rodean y también para bien de nuestra propia alma, es necesario que cada uno de nosotros tome con seriedad y constancia la práctica espiritual, es decir, hacer de la oración y la meditación un hábito diario que ocupe un lugar preponderante dentro de nuestras vidas.

HASTINAPURA

diario para el alma

La Vida Divina consiste en que Dios sea el centro en torno al cual giren nuestras obras, desde las que aparentemente se hallan más cerca del mundo tangible, tales como cocinar, asear un cuarto, reparar una silla, pintar una pared, hablar, darle de comer a nuestro perro, o alimentarnos, hasta aquellas que lindan más con el reino sutil y que se desarrollan más en nuestro interior que en el mundo externo, tales como la enseñanza espiritual (es decir, la pedagógica transmisión a nuestros semejantes de aquello que hemos oído con devoción de labios de nuestro Guru), el estudio de Libros Sagrados, la serena reflexión sobre las palabras del Guru, el cultivo de la música devocional, etc.

Todo ello, desde cocinar hasta la reflexión sobre de las enseñanzas sagradas debería ser hecho con un espíritu de entrega a Dios, con una real sumisión a Su Voluntad, con santa alegría y con un constante recuerdo de Su Presencia.

Sin embargo... esto no es algo fácil de llevar a cabo.

¿Por qué? Porque frecuentemente quedamos atrapados en la red de los acontecimientos del mundo, los cuales se manifiestan de modos diversos, tales como cosas que vemos o escuchamos, noticias (que por regla general son malas), actividades que realizamos y que a menudo acarrearán problemas que nos causan mayor o menor angustia, compromisos diversos, malos pensamientos que, aun sabiendo que son malos, somos incapaces de quitarlos de nuestra mente porque se adosan a ella muy fuertemente, pasajeras emociones de las más diversas especies, etc.

Algo que deberíamos tratar de ver con claridad es que lo que nos lleva al olvido de Dios no son los acontecimientos del mundo en sí mismos, sino el hecho de que quedamos —por así decir— atrapados por ellos. Quedamos como “presos” de los acontecimientos o, como nos enseña la filosofía Vedânta, de las acciones o Karmas.

Por otra parte, en el mundo siempre habrá sucesos buenos y malos, alegrías y pesares, éxitos y fracasos, etc., porque ello es inevitable, ya que dichos pares de opuestos (o Dvandvas), conforman la naturaleza misma del mundo o Karma Bhumi (el mundo de la acción).

De modo que el medio para conservar vivo el Sentimiento Divino dentro de nuestro corazón no puede ser el completo alejamiento de todo lo terreno, ya que ello es imposible (siempre deberemos alimentarnos, caminar, relacionarnos con otros seres, hablar, etc.).

De allí que Sabios y Santos desde tiempos inmemoriales nos hayan enseñado que la forma en la cual hemos de conservar ese Sentimiento Divino es la siguiente: Tratar de recordar a Dios lo más frecuentemente posible.

Cuando hacemos esto, el mundo junto con sus múltiples acontecimientos, pasarán —por así decir— a un segundo plano. Entonces ocurrirá algo parecido a lo que sucede al contemplar un cuadro en el cual hay una figura en un primer plano y un paisaje lejano en segundo lugar. Toda nuestra atención irá hacia la figura primera, y no hacia aquello que la enmarca, y que se presenta como fondo.

Para las almas de santidad, para los seres espiritualmente despiertos, la principal y más evidente presencia en el Universo es la de Dios, siendo todo lo demás partes componentes de un paisaje cambiante y pasajero. De este modo, para un alma devota, vea lo que vea, oiga lo que oiga, piense lo que piense, primero estará Dios, y luego, todo lo demás.

HASTINAPURA

diario para el alma

¿Y cuál es el modo de recordar a Dios lo más frecuentemente posible? El modo es tomar el camino de la oración y la meditación frecuente. Por “frecuente” hemos de entender “diaria”, es decir, tratar de que no pase un sólo día sin que le dediquemos un momento a la meditación. Puede ser, por ejemplo, media hora por día, en un horario fijo, en un lugar determinado, utilizando siempre la misma oración o Mantra, usando siempre un mismo rosario o Rudraksha, frente a una misma Imagen Sagrada, etc. Estos pequeños detalles de constancia y regularidad son de una infinita ayuda.

A ello hemos de sumar el esfuerzo por tratar de que nuestro sentimiento vaya, poco a poco, encauzándose hacia Dios y hacia las cosas sagradas.

Todo esto irá colaborando para que con el paso del tiempo —y si el Divino Señor así lo dispone—, poco a poco nuestra mente vaya recordando durante más tiempo a Dios. A veces ello sucederá de modo natural y espontáneo, otras veces Lo recordará al oír Su Nombre, otras al ver una Imagen Sagrada, o al ver un Templo, o al tener el Rudraksha en las manos, o al contemplar un ave, o nuestro padre Sol, o las nubes, o un atardecer, etc.

Es decir, el tiempo que dediquemos a Dios en esta vida, siempre servirá para acercarnos a Él.

Nuestra principal ocupación debería ser el recuerdo de Dios, en todo momento y en todo lugar, pero... sin dejar por ello de realizar correctamente y con esmero todas las tareas que el mismo Señor pone a nuestro cargo.

¡Quiera Dios que siempre podamos recordarlo y que podamos tenerlo presente en nuestro corazón!

Om. Paz, Paz, Paz.

La purificación del corazón

Una enseñanza del Sabio Yajñavalkya

El Sabio Yajñavalkya es un Maestro Espiritual muy amado y reverenciado de la India antigua, algunas de cuyas enseñanzas se encuentran en los Sagrados Upanishads. Aquí transcribimos una de sus enseñanzas, la cual es citada por el Maestro Sri Sankaracharya en su extensa introducción al Svetâsvatara Upanishad para resaltar la importancia de la purificación del corazón.

“La purificación del corazón es el deber de todos los aspirantes, especialmente de los Sannyâsines (renunciates); porque ese es el medio de lograr el Conocimiento que conduce a la liberación del alma. Así como un espejo empañado no puede reflejar una imagen, así, el corazón impuro no puede conquistar el Conocimiento del Ser. Los Yogis logran la Inmortalidad luego de purificar el corazón a través de la adoración del Preceptor o Guru espiritual, el estudio de los Vedas y otras Escrituras que se basan en los Vedas, la realización de rectas acciones, frecuentando las buenas compañías, escuchando discursos sagrados, evitando complacerse en los sentidos y también viendo a Âtman en todas las criaturas. También deben purificar el corazón mediante la no aceptación de la propiedad de otros, vistiendo ropas de religiosos¹, recogiendo los sentidos y no permitiéndoles el goce de los objetos, apartándose del mucho dormir y de la pereza y estudiando detenidamente la naturaleza del cuerpo físico. También deben purificar su corazón considerando las acciones egoístas como

HASTINAPURA

diario para el alma

pecaminosas, controlando Rajas (actividad) y Tamas (inercia), cultivando Sattva (armonía), apartándose de los deseos y controlando los órganos de los sentidos. El estudio de los Vedas, de los Upanishads, de los Purânas y de otros tratados religiosos, la realización de sacrificios espirituales, la práctica de Brahmacharya² y austeridad, el control de los sentidos, la fe en las palabras del Maestro y en las Escrituras, el ayuno y la no dependencia de otros, en fin, todos estos son medios que llevan a la obtención del Conocimiento del Ser.” Sigamos estas enseñanzas y otras similares para bien de nuestra alma y para acercarnos al Divino Señor.

1. Los Sannyâsines, por ejemplo, se visten de ropas color ocre.
2. Brahmacharya es la práctica del discipulado espiritual en el general, y en especial es el voto de celibato.